

saltar a su superficie traviesos en busca de libertad huían de la traidora red que bajo ellos se extendía, y la gente alegre cual chicuelos que en una festividad les obsequian un juguete, alborozada practicaba aquellas faenas que de chicos venían ejecutando. De pronto, de las barquillas cercanas sale un grito, después otro y dirigiendo todos la visual allá donde las exclamaciones indican el asombro, descubrieron un banco de peces seguidos como estado mayor por algunos pescados grandes que atormentando iban a los más cercanos, con el derecho del más fuerte. Ante la perspectiva de adquirir pesca de mayor valía y cuantía, todos sin vacilación alguna internáronse más adentro de aquel mar que apenas la brisa lograba rizar con ondas voluptuosas, incitadoras, vaivén, al descanso.

Entretanto esos hombres dedícanse con creciente afán a aumentar su caudal pesquero, por el lado terrestre con pujante fuerza y libre albedrío avanza el huracán irresistible amenazando con su poderío a aquellos seres confiados a la

merced de las olas

en débiles tablas.

En la capilla de la

aldea suena ya la

casca de campana a

rebatido, tiemblan los

ancianos por la gente

ausente, corren

las mujeres al templo

mezclando sus rezos

con el ruido de la

rugiente tormenta, sus

lágrimas con las gotas

que de la tromba se

desprenden. Los

más atrevidos lán-

zanse a la orilla pa-

ra advertir con cohetes,

con haces de leña en

gigantescas piras a sus

deudos que lejos les

bucan el cotidiano ali-

mento. ¡Pero no! Aquellos

infelices no ven nada;

en el afán de lucrar alguna

vez en su agitada vida

alejáronse más de lo

ordinario. Cuando cuenta

se dan de lo que pasa,

ya la tempestad encima

de ellos gira vestigino-

samente, envolviéndolos

en sus rachas abrasado-

ras, rompiéndoles velas,

llevándoles redes, azo-

tándoles con aquel mar

hasta darles la muerte,

muerte horrible por haber

querido traspasar, son-

dear, trabajar, más allá

de lo para ellos per-

mitido.

Ya se ven restos de

barquillas destrozadas,

ya se ven miembros

agitarse en convulsiones

horribles, ya oyense

gritos suplicantes, ya

blasfemias de seres que

indefensos son juguetes



gigantesca llamarada; ison los suyos que los llaman! ison los suyos que de ansia llenos escrutando están el negro horizonte! ison los suyos que de coraje llenos por su impotencia gimen desesperados! Nuevo vigor anima aquellos miembros desfallecidos y cuando en supremos empujes lo gran ya divisar el puerto, cuando en supremos arranques llegan a percibir siluetas en la playa, inmensa ola cúbrelos enteramente semejante al sudario que en el desierto cubre la caravana el simún desolador; y tras ligeras convulsiones, tras estertores de agonía nada se ve de la lozana barca que fuera orgullo de la aldea, sustento de varias familias.

Ruge el huracán con creciente furia, aumenta el rezo en tierra por los desaparecidos y cuando al cabo de tiempo tal vez los elementos cansáronse de arrasar aquella fértil costa, van disminuyendo de intensidad, cuando tras de día abrumador de inquietudes sucede noche oscura que apenas la vívida luz de los relámpagos logra disipar, y en acompasada orquesta infernal el

bia, tal vez piensan en las personas queridas, piensan tal vez que al finalizar aquella jornada alguna mano invisible, salvadora y redentora, los lleve al puerto, al puerto divisado en el delirio del apego a la vida, que cual espejismo hace ver a los caminantes en el desierto un oasis cercano, hácennos ver cercanos aquellos objetos que anhelamos y que alcanzar no podemos.

Algunos, los más atrevidos desafían a la tromba y uniendo sus imprecaciones al horrísono tronar, prepáranse a una lucha desigual y feroz del hombre contra los elementos. Pedro, alejando a la hora del peligro el terror que en tierra lo invadiera, viendo cumplido su raro presentimiento, reanima a su gente, infúndeles valor y aquellos que avezados al peligro por un momento amilánáronse, surgen con nuevos bríos a tan terrible contienda buscando en vano una calma en medio de la tempestad, buscando en vano una tierra que les indique la proximidad de su salvación, que les indique el descanso de sus esfuerzos que agotándose van.

Encorvados los cuerpos sobre los remos, firme la mano del patrón sobre la caña del timón, tratansacandofuerzas de flaqueza dominar el embravecido mar que a cada golpe, a cada paso de avance empujalos más y más al abismo insondable. Llénase la barquilla de agua, exhaustos están los cuerpos cuando a lo lejos vislúmbrase

Encorvados los cuerpos sobre los remos, firme la mano del patrón sobre la caña del timón, tratansacandofuerzas de flaqueza dominar el embravecido mar que a cada golpe, a cada paso de avance empujalos más y más al abismo insondable. Llénase la barquilla de agua, exhaustos están los cuerpos cuando a lo lejos vislúmbrase

Encorvados los cuerpos sobre los remos, firme la mano del patrón sobre la caña del timón, tratansacandofuerzas de flaqueza dominar el embravecido mar que a cada golpe, a cada paso de avance empujalos más y más al abismo insondable. Llénase la barquilla de agua, exhaustos están los cuerpos cuando a lo lejos vislúmbrase